

Mario Rapoport y Amado Luiz Cervo (comps.)

EL CONO SUR.
UNA HISTORIA COMÚN

Introducción

Tendido hacia las formas
verdaderas intuye un horizonte sin fronteras
que crece en terrenal luna sureña
Y al desgarrarlo en sueño cristalino
deja una llama azul, en el camino
augural de esta América trigueña

Atilio Jorge Castelpoggi
1919-2001

Desde inicios de los años noventa, un grupo de historiadores argentinos y brasileños se relacionan en coloquios científicos que organizan las Universidades de Brasilia, Buenos Aires y Córdoba. En esos encuentros se percibió la conveniencia, o más bien la necesidad, de realizar una obra colectiva que correspondiera no sólo a una exposición de conocimientos sobre las relaciones regionales y la inserción internacional de los países del Cono Sur, sino a una nueva visión de la temática, ya que nuevos son los tiempos y las oportunidades que se le presentan al conjunto de países.

El libro que presentamos resultó de un esfuerzo conjunto de nueve historiadores, seis argentinos y tres brasileños, con una amplia experiencia en la investigación de la historia de las relaciones internacionales y de la región. El diálogo que se estableció entre ellos resultó ser fecundo. Indujo, por un lado, a una revisión amplia de la

literatura especializada, o sea, de los estudios de política exterior y de las relaciones internacionales de los respectivos países (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay) y, por otro lado, delineó una trayectoria histórica común que vincula a esos países entre sí y, a la vez, condiciona su futuro.

Los propósitos sobre los que se confeccionó esta obra fueron cuatro: a) exponer el juego de fuerzas regionales que configuran un subsistema de relaciones internacionales en el Cono Sur, cuyas raíces se remontan a las antiguas colonias y cuya dinámica se entiende por los dos siglos de vida propia de los estados nacionales; b) analizar la inserción internacional de los países, desde su incorporación en la expansión de la economía liberal del capitalismo en el siglo XIX, seguido por el proceso de desarrollo hacia adentro en parte del siglo XX, en busca de un nuevo paradigma en el mundo globalizado del siglo XXI; c) lanzar una mirada distinta sobre la naturaleza y la versatilidad de las relaciones regionales como un intento de descubrir las vertientes históricas del proceso de integración regional; d) escribir un texto didáctico que sirva para la enseñanza de historia en las universidades e instituciones de enseñanza, así como para la comprensión de la vida de los pueblos, de lo que tienen en común y de diferente.

Algunos vicios y estereotipos que circulan en la literatura tradicional fueron dejados de lado. Por ejemplo, el texto revelará al lector que la idea de que América Latina no tuvo ni tiene destino propio, que no ha de ser sino necesariamente pasiva ante fuerzas externas, no se corresponde con los hechos históricos. Mostrará igualmente que es incorrecta la tesis de una rivalidad histórica permanente entre los estados de la región. También se verá que otras visiones construidas en el pasado padecen de distorsiones propias de historiografías nacionalistas o influenciadas por estrechas ideologías. El libro no pretende ser completamente abarcativo en cuanto a temas y problemáticas sino iniciar un nuevo camino en la construcción de una historia regional.

En relación con el contenido, el primer capítulo del libro define el perfil social de Brasil y del virreinato del Río de la Plata en la época

colonial. Son descritas las estructuras de la sociedad, las condiciones de trabajo, las corrientes del comercio y del contrabando, y el impacto de estos factores sobre la formación de las sociedades coloniales. El proceso de independencia que se expandió por toda América Latina en los inicios del siglo XIX es el objeto del segundo capítulo. El texto revela la transnacionalidad por la cual el proceso de independencia, visto en su dimensión regional, afectó la formación de los estados y condicionó a los mismos a una fuerte dependencia de las estructuras internacionales del capitalismo. Con la misma perspectiva, el capítulo tercero investiga el concepto de región y las interacciones entre el Cono Sur y América Latina. El capítulo cuarto, a su vez, examina el período posterior a la independencia, de formación y consolidación de los estados nacionales en un contexto internacional marcado por la expansión del capitalismo.

Los tres capítulos siguientes de la obra analizan el comportamiento de la región desde fines del siglo XIX hasta nuestros días, tanto en la esfera de las relaciones políticas como en el de las relaciones económicas con los vecinos y con las grandes potencias. El método utilizado intenta explicar los acontecimientos políticos de manera tal que se adviertan sus condicionamientos socioeconómicos, es decir, procura presentar conjuntamente una historia social, política y económica de la coexistencia de los pueblos que integran hoy el Mercosur. Finalmente, un último capítulo explica los parámetros conceptuales del Cono Sur y un anexo brinda una amplia historiografía que sirve a los estudiosos para completar los temas tratados en el libro.

La obra cuenta con el apoyo de las universidades a las que se vinculan los autores, en especial de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad de Brasilia. También tiene apoyo proveniente del Conicet y del órgano brasileño correspondiente, el CNPq, de la Fundación Alexandre de Gusmão del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil, de la Embajada de Brasil en Buenos Aires y de la Fundación de Investigaciones Históricas, Económicas y Sociales de la Argentina. A esos organismos y a sus dirigentes que fomentan la investigación y patrocinan encuentros de especialistas, los autores

agradecen y dedican los resultados de su trabajo. Se agradece también al licenciado Ricardo Romero, que efectuó la traducción al español de los capítulos escritos en portugués, a Andrés Rapoport, que hizo su revisión técnica, y a María Eugenia Heredia, por su aporte en la elaboración de la historiografía final.

Mario Rapoport y Amado Luiz Cervo

¿Existe el cono sur?

(*Fragmento*)

Edmundo A. Heredia

Al abordar esta historia del Cono Sur tenemos la impresión de habernos introducido en una nueva etapa de la historiografía americana. Para el ámbito comprendido por los países de este sector del mundo se han escrito historias provinciales, regionales, nacionales, continentales, etc., pero no hay aún una historia que comprenda globalmente la gran región que ha recibido la denominación de Cono Sur. Obviamente, esta historia no puede ser una mera adición de la de cada una de las regiones o naciones que real o convencionalmente lo componen; si así lo intentáramos estaríamos incurriendo en un engaño intelectual.

Se trata, en cambio, de compatibilizar la historia común con la historia de cada una de sus unidades regionales o nacionales, incorporando la historia de las relaciones entre las partes que lo componen – esto es, entre sus naciones y entre sus regiones –, y también la historia de aquellos fenómenos y cuestiones que, aunque diferenciados, de algún modo han afectado a todas o a la generalidad de esas partes; cumplidos estos requisitos es posible afirmar que estamos en presencia de una historia –la primera, probablemente– del Cono Sur.¹

¹ Parece oportuno recordar la primera historia de América de las aparecidas en América Latina luego de la formación de sus estados nacionales. Fue escrita por el chileno Diego Barros Arana y publicada en 1865; respondió a la necesidad de entonces de dar una visión conjunta de la historia de estos países, bajo el supuesto de que conformaban un cuerpo histórico propio, diferente de la visión tradicional que concebía

Al aceptar el desafío, estamos presumiendo que se dieron aquellas semejanzas, correspondencias e interacciones, y que ellas han tenido la envergadura suficiente como para que pueda hablarse de un sector del mundo al que identificamos como tal y al que llamamos Cono Sur, aunque sin adherir totalmente a la pertinencia de este nombre. En fin, asumir una propuesta como ésta, es decir escribir una obra colectiva en la que hemos partido del presupuesto de la existencia de una entidad que está más allá de las unidades que la componen y a la que le adjudicamos un nombre, es también por sí mismo un hecho concreto que puede contribuir a que se extienda su reconocimiento y se afiance su consistencia dentro de un cuadro histórico universal.

Ya el hecho de denominarlo, es decir de adjudicarle un nombre, implica que con ese nombramiento estamos aceptando que tiene una existencia real. Alguna vez Gino Germani dijo que no había que detenerse a pensar si América Latina existía o no: si no existía, había que inventarla. Parafraseando el eufemismo de este autor, digamos que si no existe el Cono Sur, será bueno para quienes esto escriben haber ayudado a inventarlo, en cuanto aceptan el desafío de concebir a este grupo de países y a este gran espacio como un universo que puede ser alcanzado con una sola gran mirada o, al menos, que el intento de darle un sentido unitario tiene un objetivo plausible. Una comprobación preliminar acerca de la existencia de esta entidad se da cuando se verifica que un acontecimiento que afecta, impacta o perturba a uno de los países es sentido de manera particular en el resto de ellos, es decir de una manera diferente a su repercusión en otras partes del planeta.

a este continente como un apéndice de la historia universal, esto es, sin una personalidad específica. De todos modos, en esos tiempos estas naciones también hacían un esfuerzo para dar una imagen peculiar de sus idiosincrasias específicas, que las diferenciaran de sus vecinas. La concepción historiográfica y el conocimiento empírico de entonces sólo permitieron una mera adición de las historias nacionales; esta limitación inicial puede ser superada hoy con una visión más integrada de esta historia común, entre otras cosas porque la intención es, al contrario de la que predominaba en los tiempos de Barros Arana, mostrar aquello que vincula y asemeja a estos países.

Por otra parte, el historiador debe estar atento a las preocupaciones de su actualidad, a los fenómenos del que forma parte su contemporaneidad. Ello no implica rendirse ante los acontecimientos que impactan por su espectacularidad o por obra de los poderosos impulsos mediáticos. Se trata, por el contrario, de respetar lo verdaderamente significativo y trascendente de su propio tiempo y poner su conocimiento y su interpretación del pasado al servicio de una mejor comprensión del presente, en toda su complejidad.

En este sentido, un fenómeno de extraordinaria importancia está ocurriendo en el Cono Sur desde hace unos pocos lustros, y es que sus países han decidido concertar acciones para conformar un mercado común, lo cual a su vez implica vincular a sus poblaciones, a sus provincias y estados, y a toda la gran comunidad del sector, en un proyecto común que a todos involucra y que va mucho más allá de las meras transacciones comerciales. En efecto, se interna en los asuntos económicos en general, en las pautas generales de vida de los individuos y de la sociedad y hasta en las formas culturales de sus numerosas y variadas comunidades. El Mercosur aparece así como una entidad que abre una nueva etapa en la historia de los países del Cono Sur y de la totalidad de América Latina.

Largos años de estudio e investigación sobre la historia de distintos aspectos de los países de este Cono Sur, anteriores a la aparición del fenómeno del Mercosur, han incidido en la decisión de formar un equipo plurinacional de profesionales. Sus integrantes resolvieron en común erguirse desde sus asientos nacionales y, puestos de pie, se propusieron observar y tratar de explicar la escena general con una mirada amplia y abarcativa. Ha sido una postura, una actitud y una opción metodológica que responde a una honda convicción y a un concepto concertado y compartido, a partir del cual entienden la historia todos y cada uno de sus componentes.

El nombre –Cono Sur– es objetable, en tanto utiliza una forma y volumen geométricos y un punto cardinal; es decir, no alude a ninguna categoría histórica, política, económica o cultural en las que, de algún modo, se estaría enunciando al hombre como protagonista, como habitante, como portador de una forma específica de vida.

Más bien, la denominación responde a concepciones estereotipadas del espacio, pergeñadas en elucubraciones geopolíticas clásicas, generalmente sobre enormes mapas en los que se señalan en rojo concretas o hipotéticas zonas de conflictos y se pinchan con banderillas de alfileres ciertos puntos en donde se supone que convergen intereses antagónicos. De todos modos, detenerse a discutir sobre el nombre –todos los nombres son objetables, al fin de cuentas–, y no habiendo por ahora alguna alternativa que reciba cierto consenso, conspiraría contra el objeto principal de esta exposición; queda, pues, esta cuestión como una materia pendiente.

También son cuestionables otros nombres, como el de América Latina, muchos de cuyos pueblos hablan lenguas que no derivan del latín o portan costumbres que no son remontables a la imagen que recibimos de la vieja Europa clásica, cuna de aquella cultura y civilización latinas; no obstante, es incuestionable que estos pueblos tienen una historia bastante común y compartida, y entonces el nombre ya deja de tener la connotación que le quisieron dar los nombradores de la primera hora y es la realidad concreta y específica, reconocible y distinta, la que sirve para dar identidad al objeto. Cuando el objeto ha adquirido una personalidad indiscutible, ya no es el nombre el que lo identifica, sino aquél a éste.

¿Qué es el Cono Sur?

Desde una perspectiva *histórico-geográfica* podemos afirmar que el Cono Sur está formado por las actuales naciones de Brasil, Paraguay, Uruguay, Argentina, Chile y Bolivia; pero es preciso tener en cuenta que los grados de inserción o de participación de cada una de ellas en el conjunto –es decir, de formar parte del grupo– han sido y son desparejos.

Desde una perspectiva geográfica, puede ser entendido como un espacio unitario en razón de la existencia de cuatro *fenómenos naturales* que se destacan por su magnitud y que están presentes en él: 1. *la región y cuenca platenses*, 2. *el paso interoceánico austral*. 3. *la región y cuenca*

amazónicas y 4. la *Cordillera de los Andes*. La participación e injerencia de cada una de estas naciones en estos fenómenos es diferente, claro está, pues han estado vinculadas esencialmente a la pertenencia nacional de estos territorios, así como a la capacidad que cada nación ha tenido para ejercitar el poder frente a sus vecinos.

De los dos primeros de estos fenómenos Bolivia ha sido tradicionalmente omitida en cuanto a las decisiones sobre el manejo, uso y administración integral de estos complejos naturales, lo que es más llamativo en cuanto a la cuenca platense, dentro de la cual está una parte de su territorio. Paraguay ha sido ahogado en cuanto a su participación con respecto al primero, en virtud de que Brasil y Argentina han adquirido un protagonismo con frecuencia excluyente, en tanto ha quedado al margen del segundo, como consecuencia de su debilidad relativa y de su condición de nación mediterránea. Una visión realista tanto como sea posible obliga a marcar estas asimetrías, para reconocer de entrada que el Cono Sur no es una reunión armónica de países, y a su vez a tener en cuenta en todo intento reflexivo para la visión omnicompreensiva de la gran región que subsisten hondos y prolongados problemas estructurales no resueltos. Estos problemas no pueden soslayarse en cualquier intento de concertación, en tanto forman parte de una realidad que se remonta a la larga duración histórica.

También debe remarcarse que se trata de un espacio cuyo *contenido histórico-cultural* presenta la problemática común de: 1. haber sido el *confín austral* del imperio hispánico en América, durante su mayor tiempo a trasmano de los centros coloniales más ricos y, por tanto, preferidos en la atención de la metrópoli; 2. haber sido la *zona de fricción y de conflicto* entre los dominios americanos de España y de Portugal; 3. haber sido el escenario de *confrontación entre blancos e indígenas*, es decir entre los invasores y ocupantes de espacios y los pobladores originarios y dueños naturales de estos territorios; 4. haber sido el *receptor de grupos de variadas culturas y nacionalidades* que llegaron de Europa en cuantiosos contingentes inmigratorios.

Dos fenómenos de profunda significación social se han derivado de estos grandes acontecimientos de su historia. Por una parte, los

seculares choques o barreras entre blancos e indígenas han incidido significativamente en la formación de zonas de fronteras, poniendo en la superficie de la vida cotidiana los límites —aunque no siempre precisos— de los avances de los invasores, en los que se hace más flagrante el contraste perturbador entre un universo europeizado y otro de hondo contenido aborigen o mestizo. El otro fenómeno es el provocado por la inmigración masiva, con la consecuente transformación producida desde la existencia de un mapa social y demográfico predominantemente estático, propio de la época colonial, hasta otro caracterizado por un acentuado cosmopolitismo, por una intensa movilidad y por la composición de sociedades culturalmente complejas y con un alto grado de hibridación.

Desde una perspectiva histórica y una actitud reflexiva, una definición podría ser la que reconoce que su identidad y sentido unitario está dado por la confluencia en este espacio de un *conjunto de problemas comunes* y más o menos generalizados o extendidos a través del tiempo; esto no debe confundirse con una visión pesimista de su realidad, sino más bien con una actitud crítica que procura introducirse en ella con sentido positivo y prospectivo. En el análisis no debe disimularse que el Cono Sur está formado por tres países mayores —Brasil, Argentina, Chile, en ese orden— y otros tres que les son adyacentes y necesarios. Los tres primeros han tenido algún protagonismo en el orden internacional, y esto a su vez ha repercutido sobre la posición relativa de los restantes; pero de todas maneras sus problemas estructurales en el orden social y económico interno los asemejan notoriamente, relativizando así de manera decisiva las diferencias cuando se comparan sus potencialidades y los logros en cuanto a su desarrollo y en cuanto al bienestar de su población que, en definitiva, deberían ser los valores superiores a considerar.

La primera comprobación del convencionalismo del nombre la da la observación del mapa de Brasil y de sus vecinos de latitud con los que comparte la meridionalidad de su territorio pero que no han sido considerados como participantes de esta región; en efecto, al territorio brasileño pertenece más de la mitad de este llamado Cono Sur (62 %), lo que implica que linde con casi todas las otras naciones sudame-

ricanas, que posea el extremo oriental del continente —y por tanto que tenga la mayor proximidad relativa a los continentes europeo y africano— y que posea otras características geográficas salientes que le confieren una posición destacada dentro del conjunto.

De todos modos, en lo que se refiere a su posicionamiento regional debe tenerse en cuenta una reconstrucción histórica que no siempre fue así. Los territorios realmente ocupados o que se adjudicaron cada una de estas naciones experimentaron cambios y fluctuaciones a través de los tiempos, lo que es particularmente ostensible en el caso de Bolivia, que perdió más de la mitad de su territorio en manos de sus vecinos.² Algo parecido puede decirse de la población, que muestra diferencias mayores, pues en Brasil se concentra el 70% de los habitantes de la gran región, en tanto Uruguay —el menos poblado de la vecindad— sólo posee el 1,4 por ciento.

Teniendo en consideración que siempre es representado como un cono invertido —en virtud de otro convencionalismo cartográfico probablemente no exento de cierta ideología—, es notable también que la base del cono —en Brasil— contenga cuatro husos horarios; en tanto, con su extrema delgadez, Chile presenta un notorio contraste.

Los *climas* —desde árido tropical a subpolar-, los *relieves* desde extensas llanuras hasta gigantescas montañas, entre las más altas del planeta— son otros de los tantos contrastes que se encuentran en estas vastas superficies; en fin, desde zonas boscosas y húmedas a secos desiertos, todas las variedades de la naturaleza parecen concentrarse en este sector de la tierra.

Otro elemento importante es el de los *grupos étnicos*, que muestran también una diversidad y riqueza notables. Desde países con una

² Éste es uno de los aspectos más controvertidos y difíciles de compatibilizar en una historia común del Cono Sur. En su mayor parte, las historiografías de las naciones — y por tanto los historiadores de cada nación— no están dispuestos aún a reconocer que su país se quedó tan sólo con un metro de tierra perteneciente a su vecino; antes bien prefieren mostrarlo resignando derechos territoriales, como una manifestación de su voluntad pacifista o, en casos extremos, usando el presunto legítimo derecho de la victoria obtenida por las armas.

mayoría de población indígena o mestiza (Bolivia, Paraguay), hasta otro en el que predominan las etnias de procedencia europea y que son a su vez identificatorias de variadas nacionalidades de aquel continente (Argentina), pasando por aquél donde la población de origen africano marca una presencia significativa no sólo en número sino también en su incidencia cultural (Brasil).

Con respecto de las etnias y de las culturas, esta etapa de la humanidad se presenta con un Cono Sur en el que conviven —¿conviven?— grupos humanos diferentes y hasta disímiles y antagónicos, pero también protagonistas de un profundo proceso de mestizaje. En efecto, luego de un vivo y vehemente período de nacionalismos, en el que se intentó forjar una identidad del ser nacional cuya esencia debía encontrarse en una supuesta cultura nacional, las evidencias del curso de la historia muestran la perdurabilidad y consistencia de formas culturales que se conservan y continúan operando a despecho de esos empeños dirigidos a consolidar proyectos nacionales.

Estas comunidades o grupos humanos no acatan los límites o fronteras que pretenden imponer los aparatos administrativos de los estados. A su vez, estas formas culturales responden con notable persistencia a improntas étnicas peculiares, al punto de que se produce una fusión entre etnias y culturas que ha llegado a conformar una sólida contextura, con un hondo sentido grupal y comunitario; de ello dan testimonio recurrentes reivindicaciones que oscilan entre las manifestaciones pacíficas y los impulsivos brotes de violencia.

En este Cono Sur son ejemplos paradigmáticos los complejos universos tupí-guaraní, araucano-mapuche y quechua-aimara. Los primeros han ocupado y en parte aún ocupan indistintamente territorios de Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay, constituyendo el complejo territorial guaraní. La cultura y etnia araucano-mapuche, esparcida en el sur chileno y en menor medida en el argentino, hasta ser paradigmática de la Patagonia, presenta características semejantes. De igual modo, los collas que habitan en territorios altiplánicos bolivianos, chilenos y argentinos presentan más acentuadamente las afinidades entre sí por sus características étnicas y culturales que las diferencias por las varias naciones a las que pertenecen. En tanto

las afinidades responden a su naturaleza y a su historia profunda, las diferencias son el producto de la educación oficial, de otras variadas compulsiones del Estado y de los medios de comunicación masivos.

En una perspectiva que anteponga los valores histórico-culturales a los políticos, cada una de estas comunidades conforma, a su modo, una verdadera nación. En cierto sentido también podría considerarse desde esta perspectiva a los habitantes de la inmensa selva chaqueña, creadores y portadores de diversas culturas y etnias, todas ellas profundamente dependientes de la naturaleza, y que ocupan territorios argentinos, bolivianos y paraguayos.³

Esto ha dado oportunidad a que los gobiernos de estos países encararan políticas culturales en las que se debe dirimir si prevalece un enfoque culturalista por encima del nacionalista; en rigor, las experiencias asumidas durante el tiempo histórico muestran que ha prevalecido notoriamente la elección de una política que ha privilegiado los valores nacionales, remarcando así la decisión de enfatizar las condiciones distintivas de la nacionalidad por encima de los valores culturales comunes, lo que ha traído como natural consecuencia el desprecio, el desmedro o cuando menos, la relegación de esos valores.

Centros históricos como Temuco, Asunción o Cusco (ciudad que, no obstante quedar fuera de este Cono Sur, es el “ombbligo” de una vasta región de la que éste participa) han sido los centros reconocidos en la formación de auténticas *regiones culturales*, más o menos homogéneas, con una profunda consistencia en los modos de vida, en las formas de las actividades económicas regionales, en la lengua, en los hábitos y en otras expresiones culturales de honda raigambre. Ciudades importantes, pertenecientes a diferentes naciones —y no obstante su incorporación a la vida moderna y

³ Miguel Bartolomé afirma que cada uno de estos grupos, a los que llamamos convencionalmente “naciones”, son en rigor verdaderas civilizaciones, si se toma el sentido que da a este término T. Bottomore, para quien una civilización es “un complejo cultural constituido por las características idénticas mayores de un número determinado de sociedades particulares”. Véase “Procesos civilizatorios, pluralismo cultural y autonomías étnicas en América Latina”, en: *Andes. Antropología e Historia*, núm. 9. Salta, 1998.

cosmopolita—, acusan el fuerte impacto de estas culturas originarias; dentro de esta condición se encuentran, por ejemplo, Salta, Jujuy en Argentina, y Antofagasta en Chile, para mencionar sólo las de una de estas regiones.

Un componente fundamental de estas culturas —para algunos el más importante y decisivo— es la lengua, que identifica a las comunidades y les da el elemento más valioso para comunicarse entre sí y por tanto mantener la cohesión de cada una de ellas. Paul Rivet reconoció ya hace muchos años la existencia de al menos 76 familias lingüísticas originarias en América del Sur, muchas de ellas pertenecientes al espacio conosureño. Las lenguas del grupo quechua, aymara, mapuche y tupí-guaraní son hoy expresiones significativas y vigentes de los idiomas autóctonos de las regiones que comprende el Cono Sur; ellas se mantienen alternando su uso en vastos sectores geográficos con las lenguas predominantes, esto es el portugués y el castellano.

Desde la perspectiva desde la que nos colocamos ahora, la lengua quechua —la más importante entre las culturas de América del Sur, según Ibarra Grasso— es un ejemplo de los nexos de esta región con otras de América Latina, aunque en rigor, desde un punto de vista lingüístico, podría hablarse de una región de habla quechua, que se extiende desde el Ecuador hasta Santiago del Estero, en Argentina, sin olvidar que por obra de misioneros españoles fue llevada a sectores de Colombia y de Brasil, entre otros. En cuanto al aymara, se habla en Bolivia y Argentina —además del Perú—; la familia atacama o kunza se habla en zonas de Chile, de Argentina y de Bolivia, y la mapuche —con numerosos dialectos— en Chile y Argentina. Por su parte, la familia guaraní —con más de sesenta lenguas y dialectos— tuvo o tiene aún un área de dispersión que comprende Paraguay y partes de Brasil, Bolivia, Argentina y Uruguay.⁴

Esto demuestra que no sólo la acción de los dominadores europeos, al extender sus propias lenguas y hacerlas comunes a varios países, ha determinado la vinculación y la identidad idiomática de diversas naciones latinoamericanas, sino también estas autóctonas.

⁴ Cf. Dick E. Barra Grasso, *Lenguas Indígenas Americanas*, Buenos Aires, Nova, 1958.

Obviamente, en la gran región las lenguas castellana y portuguesa son predominantes y aún la mayoría de los que conservan sus lenguas autóctonas hablan también algunas de estas dos principales. Esto constituye un elemento aglutinante de singular importancia, más aún si consideramos esta suerte de nueva lengua que es una mixtura de las dos, esto es el “portuñol”, que se ha constituido en el medio de comunicación común entre hispano-parlantes y luso-parlantes. La variedad de lenguas y la confluencia y capacidad de comunicación que dan los dos idiomas fusionados o mixturados son una muestra contundente y decisiva de una característica fundamental del Cono Sur, que es a su vez de América Latina en general: la combinación entre lo heterogéneo y lo homogéneo, entre la unidad y la diversidad.

Pero al considerar los tiempos históricos debe reconocerse que aquellas culturas originarias son en rigor culturas violentadas, que se resisten pasiva o activamente a ser transformadas o convertidas; así como se manifiesta en el orden mundial, los grupos étnicos muestran su capacidad de reacción, lo que en ocasiones ocurre con actitudes violentas, lo que debería ser cuando menos un motivo de honda preocupación para los centros de poder.

Desde nuestra perspectiva occidental todos estos grupos humanos constituyen verdaderas comunidades plurinacionales; pero desde la perspectiva de éstas son nada más y nada menos que eso, comunidades cuyos individuos están identificados entre sí por una cultura y patrones de vida comunes. De pronto, en lugar de ser sociedades que fragmentan y debilitan la cohesión nacional por ser ajenas a los modelos impuestos desde los aparatos estatales centralizados, pueden pasar a convertirse en comunidades y consecuentemente en espacios de soldadura y cohesión internacional de los países en cuyos territorios están implantados.

En otro orden de análisis, y como un aspecto fundamental para entender la problemática socioeconómica del Cono Sur, cabe considerar a las variedades de las etnias y de las culturas por la vinculación que existe entre éstas y la condición social y económica en que se encuentran. En este sentido, la dimensión histórica acude eficazmente a una comprensión de este fenómeno.

Así, se observa que los casos más flagrantes han sido el de la esclavitud de la población negra traída compulsivamente de África y el de los regímenes de servicios y tributos a que fueron sometidos los indígenas en la época colonial; estos fenómenos se dieron en el Cono Sur de manera paradigmática. El condicionamiento de las etnias con las actividades económicas y las condiciones sociales alcanzó entonces su nivel más violento; pero esto no comenzó a transformarse sino ya muy entrado el período nacional, y aun durante su transcurso han persistido hábitos, tradiciones y diversas formas de compulsión y dominación que subsisten a pesar de legislaciones e instituciones que se titulan humanitarias.

En tanto, los sectores que ocupan las capas medias y superiores de las sociedades nacionales muestran también una considerable variedad cultural y étnica, atenuada sin embargo por su decidida incorporación a las formas consagradas de la civilización occidental; no obstante, subsisten –ya sea en forma subyacente o en la superficie– costumbres, hábitos, ritos y cultos que guardan aún estrechos nexos con aquellas que son las de su procedencia, generalmente europea.

Un fenómeno propio de esta riqueza y complejidad cultural es el de las inmigraciones producidas en estos países en su historia contemporánea. Numerosos contingentes provenientes de diversas naciones y regiones en su gran mayoría europeas y del cercano oriente asiático se instalaron y se radicaron en ellos, modificando notoriamente su mapa social y cultural. Estos contingentes fueron un factor fundamental en el proceso de modernización que se desarrolló desde la segunda mitad del siglo XIX. Muchos de los grupos de inmigrantes se ubicaron en espacios circunscritos, constituyendo comunidades en las que se preservaron los valores culturales y aun nacionales de sus países de origen, formando así verdaderos bolsones dentro de esos espacios.

A lo largo del tiempo, las sucesivas generaciones fueron modificando las pautas culturales y sociales de esas comunidades en un proceso de inserción a las sociedades nacionales, aunque manteniendo en menor o mayor medida las tradiciones de sus mayores.

Aún en la actualidad las diversas colectividades que se arraigaron en estos suelos pueden ser distinguidas a través de las instituciones o asociaciones que los congregan y la conservación de muchas de sus tradiciones, entre ellas señaladamente las de los españoles, italianos, alemanes, árabes. Esto ha sido decisivo para que deba hablarse en este sector de sociedades que desarrollan su existencia en un escenario impregnado de un intenso cosmopolitismo.

De un modo diferente a los que formaron las colonias de inmigrantes, los individuos que se incorporaron a la vida nacional de manera más espontánea y más dispuestos a una libre adaptación, y se radicaron en las grandes ciudades, en los pueblos de las campañas y aun en los medios rurales, pasaron a formar parte de las sociedades nacionales, integrándose en un proceso intensamente interactivo; les inculcaron también sus propias idiosincrasias, propias de sus costumbres y tradiciones, al mismo tiempo que recibieron con espíritu amplio los hábitos y las formas de vida previamente existentes.

Todos estos factores han contribuido a que las poblaciones del Cono Sur posean un profundo tinte cosmopolita, multiétnico y multicultural; y también que, como consecuencia de la convivencia y de las fusiones, exista un extenso mestizaje e hibridación; en general, son persistentes las adhesiones y lealtades a las “culturas nacionales”, pero se conservan al mismo tiempo importantes resabios de las culturas de origen y aun de los rasgos de las nacionalidades de proveniencia de sus más o menos recientes antepasados. De tal modo, el mapa de las culturas y de las etnias no coincide siempre con el de las naciones, sino que desborda sus límites y se entrecruza con el de las sociedades nacionales hasta constituir una realidad más compleja, más rica y mucho menos dimensionable en términos administrativos y políticos que la de las respectivas nacionalidades que conforman este Cono Sur.

El hecho de que estas inmigraciones masivas se distribuyeran en varios de estos países ha creado un nuevo motivo de contacto y de aproximación, en razón de los parentescos sociales y culturales determinados por los comunes orígenes nacionales de estos habitantes; ello, a su vez, brinda una oportunidad para comprender en una sola mirada el fenómeno inmigratorio, tan significativo en la historia del Cono Sur.